

el Premio George Enesco por una *Sonatina para piano*, triunfo que renovará, poco después, con el Gran Premio Enesco para su "suite" *Tziganes*.

Con todo, la fama y la leyenda de Lipatti sería por su condición de pianista singular cuya pureza de sonido iba pareja con un estilo hecho de simplicidad y exigencia. Escribe Frank Martin, el célebre compositor suizo, que Lipatti era "de los que construyen a partir del detalle, incapaces de soportar un *aproximadamente*". La carrera del genial intérprete estaba en marcha, impulsada por el promotor y continuo descubridor de talentos, Walter Legge, director artístico de la Columbia, cuando estalla la guerra 1939-1945. Se refugia en Suiza, con su mujer Madeleine, dicta la clase de virtuosismo en el Conservatorio de Ginebra, ciudad en la que da a conocer, en compañía de Ansermet y la Suisse Romande, el *Tercer Concierto*, de Bartók. Según avanza la década de los años cuarenta, se acentúa la leucemia que acabaría con la vida de este artista elegido. Abandonada en 1949 su actividad pedagógica, Lipatti tocó su último concierto en Beçanson, el 16 de septiembre de 1950, menos de tres meses antes de su fallecimiento. Como "encore", sonó, una vez más y la última en sus manos, el *coral variado* antes citado, que desde entonces, se conoce como *coral Lipatti*.

Nos dejó, con los ecos de la fama legendaria, una doble herencia: la literaria en los recuerdos de Madeleine Lipatti y la musical en una serie de grabaciones que, para siempre, constituirán punto de referencia; *Partita primera*, dos *preludios corales*, el aludido "*coral variado*" o el *Concierto en Re menor*, de Bach; los *Valses* y la *Tercera sonata*, de Chopin; el *Concierto n.º 21*, de Mozart, con Karajan, director también del *Concierto* de Schumann con la Filarmonía de Londres.

La *Sonatina para la mano izquierda* data de 1941, el mismo año que Lipatti compone sus *Melodías* sobre versos de Paul Verlaine. Hay en ella perfección de detalle, como la hubo en el intérprete, pureza de concepto y una artesanía de primer orden. Sobre todo ello flota esa sutil espiritualidad característica de los artistas puros, hondos y auténticos. A fin de cuentas, el no largo pero sí valioso catálogo de obras originales,